

CORRIDAS EN FRANCIA

Señores y señoras de *extrangis* que no seáis aficionados á las corridas de toros más ó menos vacas nerviosas, con caballos ó caballerías de servir en delantales de cuero, ¿tenéis más que no asistir á las corridas?... No parecerá tan atroz la salvajada, ni tan repugnante el espectáculo, cuando se ve, de regreso de las corridas, á muchas parisienses que exhiben, como si fueran reliquias, moñas y banderillas.

* * *

No soy yo de los que creen, con la « inmensa mayoría » del público, que el número uno de los articulistas al día es en París Aurélien Scholl. Buena pluma es indudablemente; pero, lector, en París hay más, y aunque no soy quién para meterme á dar patentes de cronistas literarios, tengo á Scholl por inferior á Mirbeau... y á otros que, con tanto mosto de ingenio como Aurélien Scholl, no han tenido ne

sitio tan céntrico una tienda para exponer el vino...

Por eso mismo de ser Aurélien Scholl un cronista excelente, no está bien que se le vaya la pluma al cielo en parrafitos de este jaez: — « Los españoles son bravos, fieros, de una lealtad á toda prueba, de una generosidad sin límites; pero (¡ estos *peros* son los que revientan!) es preciso reconocer que la raza española es en la historia la raza más sanguinaria é inhumana. Por donde quiera que pasó un español corrió á torrentes la sangre y se hizo costumbre el ejercicio del tormento. Pizarro y Hernán Cortés en América, el duque de Alba en Flandes, la Inquisición en la Metrópoli, por todas partes el fuego, el hierro, el patíbulo, los miembros triturados, los hombres quemados vivos... »

¡ *Colocarnos* tamaña arenga con la piadosa intención de evitar las corridas de vacas histéricas con caballerías nodrizas!

Es demasiado; y lo peor es que el caballero Scholl no nos cuenta nada nuevo. ¿Horrores de Pizarro y Cortés? Iguales los ha contado Heine — con más gracia y causticidad, por supuesto. — ¿Diabluras del duque de Alba en Flandes? Mayores han sido descritas admirablemente por un crítico español, notable, notabilísimo — Pompeyo Gener.

Pues bien; yo, que soy un mosquito literario comparado con esos señores, todo un cronista cinife, digo que semejantes censuras son tontas, son cursis, son grotescas. Además, son injustas. Porque en todas partes se cuecen personas; los grandes genios que se llaman César, Alejandro, Napoléon, Moltke,

son unos carniceros con lujosos uniformes; y es tan crecida la plaga de bandoleros distinguidos, que se ha dado el caso de que un sabio francés, gran controversista de Lombroso, no haya podido cotejar cien criminales con cien hombres honrados, porque no pudo reunir el centenar de estos últimos.

Invoquemos, con el Sr. Fabre, á la virgen Juana de Arco (aunque no está en el calendario volteriano): ¡ *Virgen purísima, Estrella matutina*, libra á Francia del « espectáculo nacional », límpiala de Caras Anchas y demás toreros, para que cesen las crónicas taurinas de los Scholl y Vervoort!...

Después de todo, Cara Ancha pagó una pesetilla por matar un bicho. ¡ Veremos lo que paga el marqués de Morés por matar una persona!



Se recordará — ó podría recordarse — que el cronista Vervoort publicó un artículo terrible contra la incipiente afición francesa al « espectáculo nacional » en España; y, aunque parezca mentira, le contestaron los vecinos de Mont-de-Marsan... dando corridas « á la moda española », es decir, con caballos destripados y toros de muerte.

La protesta fué horrorosa. El presidente de la Sociedad protectora de bestias domesticadas, reclamó, en nombre de la ley Grammont, que se suprimiera tamaña *iniquidad*, y el señor prefecto des Landes escribió una epístola que no tenía fin. Allá, en el

pueblo, reñian las opiniones de los principales personajes.

El alcalde : — « Se aplicará rigurosamente la ley Grammont, pero entiendo que se aplicará esta vez en su grado mínimo ; porque los toreros han hecho maravillas y son *encantadores*... »

Lacroix, presidente del Sindicato de las corridas : — « Es un espectáculo popular, que forma parte integrante de las costumbres de nuestro país. Es, además, un espectáculo útil. ¡ Dejádmoslo ! Es menos inhumano que el tiro de pichón, las carreras de caballos, *etcétera*. »

El prefecto des Landes : — « Prohibi que entraran en la plaza los caballos que no estuvieran protegidos con *delantales de cuero*, y á pesar de la prohibición, temiendo yo que pudiese morir alguno, no asistí oficialmente al espectáculo, rompiendo así con la tradicional costumbre de ir á la plaza vestido de gran uniforme, escoltado por bomberos en trajes de lujo y precedido de bandas de músicas. El pueblo sintió mucho mi resolución. Asistí como particular á la corrida de toros, y pasé por la pena de ver reventados algunos caballos, á pesar de sus delantales de cuero. La pretensión de impedir la corridas es un sueño. Son una costumbre del pueblo. »

Jumel, diputado por Landes : — « Si se quiere prohibir las corridas « á la moda de España », el pueblo se pondrá muy furioso. Habrá que lamentar muchas desgracias. Más vale que mueran reventados algunos caballos, que no algunos hombres ; porque, lo repito, habrá la gran revolución. ¡ Dejádmos en

paz con nuestras corridas ! Cada pueblo tiene sus costumbres... »

Y en Suavia — añadiría Heine — es donde mejor se hacen las morcillas.

*
* *
*

Cuenta un cronista que un caballero español le dijo, á propósito del espectáculo taurino, la siguiente frase : — « Os faltó, en vuestra resistencia contra los alemanes, el estar habituados á las corridas de toros. El pueblo español debe á ellas su victoria sobre Napoleón. »

Este recuerdo, que es de mucho mérito y de muchísima oportunidad, constituye una defensa habilísima... El cronista ha sabido herir la fibra sensible ; porque en París se odia mucho á los toros, pero se odia más á los alemanes, y á trueque de vencerlos se haría torera toda la población.

Lo triste del caso es que, según cuenta el mismo cronista, no son toros, sino vacas bravas, los bichos de Mont-de-Marsan ; y no vale la pena de discurrir y protestar tanto por unas corridas de vacas con caballos que gastan delantales de cuero, como si fueran erizadas de servir, ó curtidores de oficio.

Después de todo, los bichos hacen de las suyas, á pesar de los Scholl y Vervoort, y dan corridas espontáneas.

La de Ocourt ha sido estupenda. La población « en masa » puso los pies en polvorosa así que vió salir

el bicho, ó la bicha, puesto que pertenecía al sexo débil. Una vaca brava, que fué mordida por un perro hidrófobo, entró tranquilamente, al parecer, en la « culta » villa; pero se creció de pronto y lo primero que hizo fué entrar en la prefectura, por la escalera, como si fuera el prefecto en persona. Naturalmente, el prefecto, que contaba con todo menos con semejante visita, se vió obligado á tomar medidas extraordinarias, es decir, á descolgarse por la ventana como un acróbata de primera calidad. Á la grito de los gendarmes, protestando contra tamaña profanación, salió la vaca escalera abajo y se codeó con unos cuantos transeúntes que se dieron por muertos echándose al suelo. El pánico fué indescriptible. Hubo un cierrapuertas general, y de lo alto de las casas se arrojaron contra la vaca pucheros de agua hirviendo, escobas y zorros. El animalito, cada vez más furioso, embistió á unos danzantes que volvían de un baile dominguero cantando el

Ta-ra-ra-boum de ay
Ta-ra-ra-boum de ay,

y de milagro no mató á ninguno. Á las cinco de la tarde toda paz era Ocourt. El bicho había establecido sus reales en la plaza de la villa, inaugurando — en plena República — el reinado de la vaca regente. ¿Qué hacer? El prefecto, que suele tener ideas, recordó que vivía en un rincón del pueblo un zapatero español, llegado recientemente, y le *ordenó* y *mandó* que escabechara al bicho.

La decoración varió entonces como por arte de encantamiento. En los balcones y ventanas exhibiéronse las mozas crúas del pueblo, gritando ¡*Jole!* ¡*Jole!* y el prefecto, con todos sus adláteres, tomó asiento en el palco presidencial, ó sea en el balcón de la prefectura, y soltó un brindis.

El zapatero, que no sabe el idioma, deseando entenderse con la vaca la llamaba ¡*Vaquí!* ¡*Vaquí!*, y lesna en ristre se fué á ella y la despachó de un mete y saca, como de zapatero de viejo.

Palmas, *joles*, *joles*, y

Ta-ra-ra-boum de ay!

* * *

Un periódico parisiense anuncia que Lagartijo ha sacrificado su coleta — la cual ¡atención! *le bajaba de la nuca por toda la espalda* — en aras de la salud pública, para que Dios se apiade de España, en donde « reina un cólera atroz ».

Sería de sentir que Lagartijo hubiera sacrificado tan hermosa mata de pelo, porque el maestro puede ser útil á míster Gladstone si le ataca otra vaca en Hawarden. El telégrafo habrá anunciado á ustedes que el ilustre estadista estuvo á punto de morir del revolcón. Pero la culpa no fué de la vaca, sino de Mr. Gladstone, que « después de *admirarla* » le hizo señas con un bastón.

Vamos, que quiso torear, y le ocurrió lo que le ocurriría á Lagartijo si se arrancara con un discurso sobre el *home rule*...

EL SEÑOR MARQUÉS

Tenía treinta y cuatro años de edad; madre y hermana que le adoraban y que han marcado con lágrimas el camino del entierro; brillantísimo porvenir en el ejército, que le enseñaba orgullosamente como diciendo: « Este es uno ». Merecía morir por la *revanche*, luchando en pro de la gran aspiración nacional, á la cabeza de sus soldados en la frontera alemana; — y atravesado con arte por la espada de un duelista en estrecha sala de la *Grande-Jatte*, duerme el sueño de los que, como el periodista Massas, en 1882, y el pintor Dupuis, en 1888, se sacrificaron en aras de los humanos respetos de un público hipócrita...

La lucha duró escasamente tres segundos. El joven Mayer era muy valeroso; pero no se había batido y no conocía el manejo de la espada de combate. Se tiró á fondo... « Gracias á mi práctica en el terreno — escribe hoy el marqués de Morés — descubrí la táctica de mi adversario. Seguro de la estocada que

iba á darle, yo le tiré, sin extenderme, un golpe, cuyas consecuencias han sido fatales... Lo declaro muy alto : contemplé á Mayer y moderé el ímpetu de mi espada. Al sentir que había penetrado el hierro lo detuve inmediatamente. Si no lo hubiera hecho, habría pasado de parte á parte al capitán Mayer. *Yo siento mucho esta desgracia.* »

Se moría. En el abatimiento de su semblante, en la tristeza de sus ojos, en el acento de su voz que caía como una arista rota, comprendí al punto — dice uno de los testigos — que la vida huía de aquel hombre que fué mi compañero.

El marqués de Morés se acercó al moribundo... le estrechó la mano... « Capitán, yo espero que eso no será cosa de cuidado. »

La espada, que le había atravesado el pulmón se detuvo en la columna vetetral... La detuvo el marqués, puesto que, no olvidarlo, él no quiso atravesar de parte á parte... Fué acto de caridad y prueba de culto á las buenas formas; porque, en fin, una espada no debe ser un asador, ni un caballero merece ser tratado como un cochinillo.

* * *

El marqués de Morés ha luchado... Estuvo trabajando en América. La labor no era propia de su elevada alcurnia, ni de su afición á las armas de la andante caballería. Todo un príncipe Krapotkine es cochero en Moscou. Todo un príncipe Soltikoff es

carnicero en Petersburgo. Las princesas Galitzin y Dolgourouki cantan y bailan en conciertos públicos. El señor marqués de Morés se dedicó en Chicago al comercio de la carne de buey. Vencido por los comerciantes de aquella plaza, el señor marqués fué á la India; de la India pasó á Tonkin, y de regreso en Europa, derrotado y maltrecho, el señor marqués, que injuriaba y provocaba diariamente á medio mundo, en artículos y folletos como el titulado *Rotschild, Ravachol et C.^a*, deplora hoy, según dice, la desgracia de haber matado al capitán Mayer, introduciéndole veinticinco centímetros de una de las espadas, de más de 700 gramos de peso, que usaba en sus ejercicios de la sala de armas...

Comprendo la pesadumbre del señor marqués. El capitán Mayer no tuvo parte en la infracción que cometiera el Sr. Cremieux-Foa; el capitán Mayer tenía imposibilitado el brazo derecho; el capitán Mayer dijo, presintiendo su fin, horas antes del duelo : « Esto terminará mal para mí... lo sé... » Comprendo la tristeza del señor marqués. ¡Me explico que palideciera cuando le dijo el presidente : « El desgraciado capitán dejó caer la espada! Usted se le acercó mientras le sostenían; le tendió usted la mano, y el moribundo se la estrechó lealmente. (*Sensación.*)

Y después, el mismo presidente : — « El ministerio público dirá que usted quería el cadáver de un judío. »

¡Qué lástima, pensaría el señor marqués — cuya sincera pesadumbre soy el primero en reconocer —

qué lástima que no hubiera podido yo permanecer en Chicago dedicado al negocio de la carne de buey! Porque si aquel oficio no era propio de infanzones de pro, no resulta menos triste el oficio de matador de judíos.

Si no fueran nobles los sentimientos del señor marqués, el señor marqués podría estar satisfecho. Los más de los periódicos de hoy le describen físicamente : alto, fornido, « todo un buen mozo que lleva con cierta truhanería un bigote sedoso ». *La Libre Parole* ha hecho más por el busto del señor marqués : le ha grabado en la primera plana. Muy parecido — observan los que le conocen — aunque un poco poetizado.

Algunas *demi mondaines* sonríen al ver el retrato, y exclaman cuchicheando : « — ¡Su cabeza es hermosa...! » Si el señor marqués no estuviera quitado de ruidos, podría hacer algunas conquistas. Pero después de matar á un hombre, y de vender carne de buey en Chicago, el señor marqués no estará para nada.

Hay que tener lástima al señor marqués. Su apotheosis es fúnebre. Su paseo triunfal va á parar al cementerio, llevando en ristre un ensangrentado espadón de la Edad Media... ¡Pobre!... ¡Pobre!...

Ante la conciencia racional, el muerto no es Mayer, el muerto es el señor marqués... ¡Paz á sus restos!

INTERVIEW CON NORTON

En esta transformación de la tragedia más terrible á la la comedia más baja y repugnante — como ha dicho lord Rosebery — ó en este *petit roman*, según ha llamado sir Thomas Lister á la aventura política que acaba de correr la Cámara francesa, se le asigna un papel trágico-cómico al negro Alfredo Norton.

No he venido al mundo con la noble misión de defender hotentotes: pero, acostumbrado á ver en todas partes que el negro paga los vidrios rotos, no puedo menos de decir que Alfredo Norton no me parece tan fiero como lo pintan.

Como negro, es subido de color. La prensa no le ha descrito físicamente, porque... ¡vaya usted á describir un negro! Es un ejemplar, como otro cualquiera, como todos los negros, cuya cara no refleja emoción alguna. La edad no podría averiguarla el mismo Vargas, aunque anda por « aquellas apartadas regiones ».

Cuando llegué á la casa número 89, de la calle

Reuilly, domicilio de Norton, éste echaba la siesta en la hamaca.

Se sorprendió satisfactoriamente al oír que yo también soy de *allá*. Es muy posible que se hiciera la ilusión de que tengo algo de hotentote.

En seguida me dijo :

— Siéntese, y tome café.

¡ Ah, diablo!... Recordé el tradicional bojjo, donde se puede tomar impunement el *café prieto*, sorbo á sorbo, sin oír hablar de Clemenceau, ni de nadie, sumergido el espíritu en el gran letargo de la Naturaleza.

* * *

Es un negro catadrático, es decir, inteligente é ilustrado. Habla mucho, bien, y en varios idiomas. Fuerza será confesar, si resulta falsificador, que es más listo que los diputados franceses, puesto que, en tal caso, les engañó como si fuesen chinos... Pero Norton dijo anoche al juez Athalin :

— ¡ Miradme frente á frente, y decid si tengo yo cara de falsificador !

No tenía cara de nada. Su fisonomía es una mancha.

— ¿ Hace mucho tiempo que vive usted en París ?

— No. Primero estuve en Marsella. Fui allí... cuanto hay que ser, desde tocador de *güiro* y vendedor de bateas de *durse* de coco, hasta fundador de una casa de comercio, que trabajó con escasa fortuna, y que quebró al fin, por lo cual intervino la justi-

cia y como hacia falta meter alguno en la cárcel...

— Le metieron á usted.

— Sí, señor ; porque « ellos son *brancos* y se entienden ». ¡ Ay mi Dios, quién fuera *branco*, aunque fuera Clemenceau!... En aquel lance perdí el dinero y la libertad. Luego vine á París, de agente de negocios ; me casé...

— ¿ Contra quién ?

— Ahí la tiene usted...

Buena francesa ; blanca, rubia. Á la vera de Norton, parecía un ramo de azahar sobre el cual trepara una cucaracha.

— Y usted, compadre Norton, ¿ podría hacerme el favor de decirme qué pinta en las cuestiones internacionales con Egipto, Inglaterra, Servia, el principado de Mónaco, el Polo Norte, *etcétera*.

— Pinto, y no pinto. Fui yo quien dió los documentos ; no por vengarme de Inglaterra, ni por armar camorra, sino porque se me habló de comprármelos, y yo los vendí...

— Como si fuera el *durse* de coco de una batea.

— Exacto.

— Pero esos papeles, ¿ no son mojados ?

— Le diré á usted. Secos y buenos los di yo. Si alguien los mojó, ó los maleó, porque convino á su obra de destrucción política, ¿ qué tiene que hacer en eso el negro Norton ? Yo no puedo ni tengo que decir otra cosa, y no la diría aunque me *tumbaran* la cabeza. Negro soy, pero decente, mucho más que algunos *brancos* que quieren tomarme la *pasa*.

Hablamos de otra cosa. Norton cantó, con acam-

pañamiento de *güiro*, un tango sentimental, y leyó una poesía — escrita de su puño y letra, — alusión sangrienta, según me dijo, á Clemenceau y Derouléde, la cual poesía, traducida, empieza así :

Pájaro malo
y José Cabulla,
en días pasados
tuvieron bulla;
si tú no sabes
por lo que fué,
no te lo digo
ni sé por qué.
Pero es lo cierto
que ellos bullaron,
porque en Marsella
me lo contaron...
y todo fué
por la mujer
que el perro Funo
quiso... coger.

Al despedirme, me dijo cortesmente :
— Cuando quiera, venga á sentarse y á tomar
café.

Y pensaba yo en reincidir, pero supe que le
habían metido en la cárcel,

¡ Porque el caso era meter á alguien !...

* * *

No es para negros el reinado de París. Rochefort
burlóse de Heredia, exministro, diciendo todos los
días : — Siempre que paso por la Bastilla, y veo

la estatua del negro con un reloj en la barriga, no
puedo menos de recordar al Sr. Heredia...

Y refiriéndose al mismo Heredia, no hace muchos
días, dijo *La Libre Parole* : — *Continúa siendo
negro...*

El único á la altura de la situación, es *Chocolat*
(natural de Cárdenas), que hizo el rey en el *Nouveau
Cirque*, con un manto parecido á una casulla, y una
corona que se le balanceaba, en la cabeza.

Fuimos en comisión, algunos amigos, á vitorear
al monarca. En aquel momento bajaba una escalera.

— ¡ Viva *Chocolat* !

— ¡ Viva su majestad !

— ¡ Olé, el rey !

Y él, mirándonos tristemente :

— ¡ *Mejó etaba yo en Cuba, cará!*...